

CAPITULO X.

Artes y oficios.—Médicos.—Hechiceros.—Agricultura.

Había entre los mayas varios oficios menestrales: los más productivos eran los de ollero (*patom*), y de carpintero (*ahmenché, polché*). Sacaban buena ganancia de la gran cantidad de ídolos de madera y de barro, que fabricaban. La demanda era universal, pues no solo se vendían en Yucatán, sino en las regiones limítrofes. Era tan copiosa la utilidad que sacaban los alfareros y carpinteros, que fueron los enemigos más tenaces del establecimiento de la religión cristiana en su país, y jamás vacilaron en someterse á las asperezas y penitencias con que el ritual maya rodeaba el trabajo de la fábrica de ídolos. Los artífices, cual solitarios ermitaños, habían de aislarse de todo comercio humano, mientras duraba la obra; y, para el efecto, los encerraban, con los materiales necesarios, en una casa de paja nueva, levantada en los términos del pueblo, y allí, en rigurosa clausura, dividían su tiempo entre el trabajo y el ayuno. Conforme avanzaban su tarea, se escarificaban las orejas, y con la sangre que se sacaban rociaban constantemente los ídolos que hacían. Su incomunicación solamente cesaba lo estrictamente necesario para recibir de una persona de su fami-

lia los alimentos de cada día, compuestos de legumbres ó pescado, pues toda carne les estaba vedada: la más rigurosa vigilia era de rito indispensable para ellos mientras duraba la confección de los ídolos.

Los médicos y hechiceros (*sac yah*) curaban con yerbas y con ensalmos. Eran llamados con predilección los hechiceros para asistir á las mujeres de parto, y para curar las mordeduras de víboras y otras culebras ponzoñosas: servían también para bendecir las casas nuevas y para adivinar las cosas ocultas.

En un país, como Yucatán, privado de minas, la tierra tenía que ser la principal fuente de sustento para la población. No había propiedad exclusiva en los terrenos: se conservaban en el dominio público; su uso era del primer ocupante; y la ocupación misma no daba sino un derecho precario, que subsistía cuanto el cultivo y cosecha de la mies. Pasado el cultivo bienal, la pradera volvía al uso público, para ser utilizada por otro cuando los años le hubiesen restituído las condiciones necesarias para el cultivo. El uso común de las tierras es tradicional entre los mayas, que, aun al presente, con dificultad se resignan á la propiedad particular y exclusiva de los terrenos de labranza. Concorre á ello el caracter especial de estos, que no permite cultivar más de dos años una misma faja de tierra, sin dejarla descansar para que recobre por sí sus elementos de fertilidad. Terrenos tan llanos como la planta de la mano, y rellenos de laja apenas cubierta con una ligera capa de tierra vegetal, no eran susceptibles de producir incesante-

mente; y ni, aun introducida la civilización, se han podido mejorar, dificultando, por su estructura, el uso del abono y del arado.

En parte, se origina también esta tradición y apego al dominio común de las tierras, del sistema de cultivo del maíz, que requiere gran extensión de tierras para alternar las plantaciones. Su costumbre era rozar los campos, y dejar sobre su superficie las matas, yerbas y árboles cortados, para que se secasen; luego formar montoncitos de la basura; y en el rigor de los soles prenderle fuego en la dirección del viento reinante, para que los residuos de esta quema fertilizasen el terreno, preparándolo para recibir la siembra á la caída de las lluvias.

La quema de las milpas era una faena ruda, pero que no carecía de belleza, aun en su mismo aspecto selvático, agreste y horripilante. Preparadas las tierras, como hemos dicho, formaban una vasta extensión, que, á veces, formaba horizonte á la simple vista; esperaban el momento oportuno para ser reducidas á ceniza; y cuando la tierra estaba reseca por la ausencia continuada de la lluvia en muchos días, cuando el calor de la temperatura era insoportable y el viento del sueste era candente, se consideraba entonces que era oportuno dar fuego al campo preparado para la sementera: elegían la hora del día más ardiente, y, reunidos los agricultores, se distribuían por la orilla del campo, y, á un mismo tiempo, lanzando alaridos de regocijo y entusiasmo, aplicaban el fuego en diferentes puntos, en dirección del viento que soplaba. Pronto todo quedaba convertido en un semicírculo de llamas espantosas que corrían con impetuosidad, lamiendo y devoran-

do cuanto encontraban en su paso. Los escasos árboles dejados de trecho en trecho se ennegrecían, las piedras se calcinaban; las serpientes salían del centro de la tierra, hostigadas por el fuego; los venados y otros animales silvestres, enloquecidos por la perspectiva de las llamas, corrían arrebatadamente sin buscar salida; las aves cruzaban veloces los aires, buscando la salvación en precipitada fuga; inmensas espirales de humo negro y espeso entenebrecían la atmósfera; el viento, soplando reciamente llevaba las chispas á largas distancias; y el sol mismo, tomando un tinte rojizo, no se desprendía de él sino hasta que las sombras de la noche hacían desaparecer sus últimos fulgores. El agricultor maya, entre tanto, aplaudía, con estrepitosos y salvajes gritos de alegría, el buen éxito de sus asperas tareas; y cuando veía el campo tostado por el fuego, y cubierto como con un sudario de cenizas, sentábase tranquilo, contento y satisfecho, á la sombra de los árboles cercanos, á gozar de la vista de su trabajo, y á esparcir el ánimo con la conversación, y con la bebida de refrigerantes hechos de la masa del maíz.

Los caciques y nobles cultivaban los campos por medio de esclavos; pero los plebeyos tenían que atenerse á sus solos brazos, y así, se reunían en grupos más ó menos numerosos, y rozaban en común el campo de cada cual.

Cuando las lluvias caían, los terrenos estaban ya listos para la siembra. Después de los primeros aguaceros de la estación de las lluvias, era de verse en los albores de la mañana, á la salida de cada población, cómo hormigueaban los agricultores con

un sementero de henequén al hombro, y una estaca en la mano, dirigiéndose á la milpa, en compañía de sus mujeres y de sus hijos cargados también de la preciosa semilla. Llegados, emprenden la tarea de la siembra, abriendo un agujero en la tierra con la estaca, y depositando en él los granos de la fecunda simiente, guardada con exquisito esmero desde el año anterior. Obraban con tal actividad y destreza, que, en pocos días, la siembra quedaba concluída, en espera del agua del cielo para brotar rica y exuberante.

Si las lluvias eran abundantes, las sementeras prometían cosecha copiosa; pero antes de la dichosa recolección de los frutos, todavía quedaba á los agricultores mucho trabajo que hacer, hasta coronar las fatigas del año agrícola. Había que poner centinelas vigilantes que ahuyentasen las aves y otros animales dañinos, é impedir que diesen fin con las plantas acabadas de nacer; había que escardar á tiempo para que la maleza no ahogase los sembrados; y, para mejor defender la sementera de tantos riesgos, fabricaban los mayas, en el interior de las milpas, pequeñas chozas á las cuales denominaban *pazel*, y allí vivían los agricultores destinados al cuidado de la siembra. En estas chozas se depositaban las mazorcas, y luego el maíz ya separado de la tusa ó *bacal*, entre tanto se trasladaba á las trojes en que debía conservarse.

CAPITULO XI.

Fiestas públicas.—Bailés.—Comedias.

Las fiestas públicas eran dadas por los caciques, ó en honor suyo. El principal elemento de placer y regocijo era la comida, en la cual el anfitrión obsequiaba á porfía á los convidados, con aves asadas, perritos llamados *tzomes*, de poco ó ningún pelo, asados debajo de la tierra, pan de maíz de esquisitas variedades,¹ y bebidas de maíz y cacao. Había de particular que, al fin del banquete, cada convidado recibía, como muestra de especial agasajo, una manta de algodón primorosamente tejida, un banquillo de madera labrada, y una jícara con gracia esculpida, y pintada al exterior de colores que hacían contraste con la blancura mate de su interior. El regalo no era superfluo ni gratuito, sino bien intencionado: todo el que lo recibía quedaba, por el mismo hecho, obligado á dar en su casa una fiesta semejante, y á invitar á los que se habían encontrado en el convite que concluía: así conseguían que, en perpetuo giro, se menudeasen y tornasen, en el transcurso del año, opíparos banquetes entre los nobles y caciques de cada pueblo.

Aumentaban los goces del festín, las represen-

¹ Empanadas de carne (*muzub bak*), pasteles de pavo (*ulmiluah*), tamales de venado (*ceheluah*), pan con frijoles metidos dentro (*muzub*).

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO